

**REDES SOCIALES**

**Y POBREZA:**

**MITOS Y REALIDADES**

*Rocío Enríquez Rosas*

...mientras en otras partes hay que pertenecer a un grupo para vivir, ya sea un clan, una comunidad aldeana o tribal, y ese grupo ayuda a vivir. En nuestra sociedad, el hecho de pertenecer a una familia no proporciona a nadie, de por vida, sus condiciones de existencia, sea cual fuere la solidaridad existente entre sus miembros... sin dinero, sin recursos, no hay existencia social y, en última instancia, ni siquiera existencia a secas, ya sea material o psíquica...

*Maurice Godelier, 1998: 12*

## Introducción

Estudiar la dinámica de las relaciones humanas implica necesariamente abordar el interesante tema de las redes sociales, de los lazos de intercambio y ayuda mutua, del conjunto de vínculos sociales que nos permiten entretejer el nicho social desde el cual enfrentamos las demandas cotidianas de nuestra existencia.

Este documento tiene como objetivo elaborar una revisión teórica cuidadosa de diversos estudios que tocan de manera central el tema de las redes sociales y de apoyo emocional, sobre todo aquellos trabajos académicos que abordan el papel de las redes de intercambio social en contextos de pobreza urbana; también merecerán especial atención aquellas investigaciones que plantean relaciones entre la categoría red social y los niveles de bienestar-malestar emocional en los diferentes miembros que conforman los hogares pobres urbanos, especialmente el caso de las mujeres-madres.

Iniciaré con la elaboración del contexto para este trabajo a partir de las reflexiones sobre el don y el intercambio social que sugiere Godelier en su análisis sobre *El don*, de Marcel Mauss. Mi interés es ofrecer al lector un panorama macro sobre el papel que juegan las redes de ayuda y solidaridad en nuestro mundo actual, para pasar posteriormente a lo que

sucede en contextos de pobreza urbana en países como el nuestro. Después me detendré a analizar las bondades y limitaciones propias de la categoría analítica “ red social” , las maneras en que se le construye conceptual y operacionalmente. En un segundo momento abordaré las condiciones necesarias que diversos autores plantean, a partir del análisis de la evidencia empírica, para que las redes sociales puedan florecer y mantenerse en un grupo sociocultural específico. Asimismo, profundizaré en las características estructurales y funcionales de las redes sociales, así como en los atributos propios del vínculo. Finalmente, y como parte medular de este ensayo, buscaré a lo largo del mismo retomar algunos de los planteamientos vigentes sobre la situación actual de las redes sociales y de apoyo emocional en la vida cotidiana de mujeres y hombres que viven en condiciones de pobreza extrema en nuestro país.

#### **Sobre el don y el intercambio social**

Una de las obras más importantes de Marcel Mauss (1974) fue sin duda *El don: Formas y funciones del intercambio en sociedades arcaicas*. Este trabajo analiza, a partir de material etnográfico diverso, las formas que adquiere el intercambio en grupos socioculturales específicos. Centra su atención en esa triple relación que implica el dar, el recibir y el devolver. Para Godelier (1998), quien revisita y analiza profundamente esta obra desde el comportamiento de las sociedades en la época actual, la pregunta central de Mauss fue:

¿Qué es lo que hace que en sociedades, épocas y contextos tan diferentes, los individuos y/o los grupos se sientan obligados, no solamente a donar o, cuando se les dona, a reci-

bir, sino también se sientan obligados, cuando han recibido, a devolver lo que se les ha donado, y a devolver, ya sea la misma cosa (o su equivalente), ya sea alguna cosa mayor o mejor? (Godelier, 1998: 23).

Mauss buscó establecer relaciones entre los modelos de intercambio de donativos y las estructuras sociales existentes. Para él, era posible encontrar sociedades donde el don se manifestaba de manera espontánea y desinteresada entre los individuos y grupos sociales. El don, en este sentido, implicaba más que el objeto mismo, por medio de éste, el que da, el que recibe y el que retorna lo recibido (o algo similar), permanecen vinculados por el espíritu, inherente a los individuos y a las cosas que se donan.

Las sociedades descritas por Mauss parecen estar regidas por una economía y una moral del don, mientras que las sociedades occidentales están gobernadas por una economía y una moral del mercado y de la ganancia. Para Mauss, en las sociedades orientadas a la moral del don, se cubrían ciertas condiciones indispensables para que este tipo de interacción social se concretara. Es decir, espacios sociales donde las relaciones personales desempeñaban un papel primordial y cada uno de los individuos y grupos involucrados promovían este tipo de relaciones como base primordial de la sociedad. Además,

se necesitaba que las relaciones sociales fueran de tal forma que los individuos y los grupos que se encuentran implicados tuvieran el mayor interés, para reproducirse y reproducirlas, en mostrarse desinteresados. Y el interés en donar, en

mostrarse desinteresado, residía finalmente en un carácter fundamental del don, que es que, en dichas sociedades, lo que obliga a donar es el hecho de que donar obliga (Godelier, 1998: 29).

Para Godelier, las sociedades capitalistas actuales presentan condiciones sociales sumamente diferentes a aquéllas que daban argumento y sentido a las tesis sobre el “ don ” planteadas por Marcel Mauss. Actualmente vivimos en sociedades donde el *tejido social* se ha desmembrado y donde el fenómeno de exclusión social ha adquirido dimensiones alarmantes. Para este autor, la existencia social de los individuos depende de la economía, de modo que cuando un sujeto pierde su empleo, en realidad está perdiendo mucho más que eso. Es en este contexto de exclusión donde surge nuevamente una invitación al “ don ” , que promueve de muy diversas maneras, más allá de creencias religiosas y virtudes teologales, los gestos de solidaridad entre los individuos y los grupos sociales.

El papel que los medios masivos de comunicación juegan en la actualidad ha permitido que los seres humanos tengamos acceso al fenómeno de la miseria, el hambre y la enfermedad que existe en nuestro mundo. Ya no es, comenta Godelier 1998, “ ...el sufrimiento de nuestros vecinos el que solicita nuestros dones y nuestra generosidad, sino todo el sufrimiento del mundo ” (1998: 16). En la realidad actual y en el contexto de las campañas masivas e internacionales de acopio y ayuda, el acto del don conecta a individuos abstractos: por un lado, donantes que desean expresar su solidaridad y donatarios que representan, mediante sus rostros, la carencia y la necesidad de muchos otros individuos.

El papel del don en las relaciones sociales que implicaba compromisos de reciprocidad entre parientes, amigos y vecinos, donde la ausencia de “ cálculo” era un factor fundamental, se ha transformado significativamente a partir de los procesos de globalización que ha vivido nuestro mundo. Aun así, comenta Godelier, en los contextos actuales de sociedades industrializadas, el don no ha perdido ni su carácter personal ni su carácter voluntario. Existen claramente intermediarios y mediadores que generan un puente “ virtual” entre el donante y el donatario, por medio de fundaciones dedicadas a la caridad, asociaciones internacionales de asistencia, etc. Es en este contexto de fin de siglo donde se hace una nueva invitación al acto del don, que adquiere una dimensión nueva con respecto a las prácticas de reciprocidad e intercambio que caracterizaban a las sociedades “ arcaicas o atrasadas” estudiadas por Marcel Mauss.

### **Definición y caracterización de las redes sociales**

El estudio y la conceptualización de las redes sociales han sido tareas asumidas por diversas disciplinas tanto en el campo de las ciencias sociales como de las ciencias de la salud. En este sentido, la categoría red social presenta diversos matices conceptuales y operacionales de acuerdo con los objetos de estudio propios de las diferentes áreas del conocimiento.

Para Sluzki (1996), el contexto sociocultural en el que está inmerso el sujeto social determina de manera sustantiva su universo relacional. La red social personal del individuo puede ser definida como la suma de todas las relaciones que un sujeto percibe como significativas o define como diferenciadas de la masa anónima de la sociedad. Esta red corres-

ponde al nicho interpersonal del individuo y contribuye sustancialmente a su propio reconocimiento como individuo y a su imagen de sí mismo. En este sentido, para el autor, la red social personal puede ser registrada en forma de un mapa mínimo que integre los cuadrantes o áreas básicas de la vida relacional de un individuo dado: la familia, las amistades, las relaciones laborales y escolares, las relaciones comunitarias y de servicio o de credo.

Lomnitz (1975), quien realizó un estudio sobre redes sociales en una población marginal de la ciudad de México (Cerrada del Cóndor), define a la red social como el conjunto de relaciones de intercambio recíproco de bienes y servicios en un espacio social determinado. La autora hace una diferenciación importante en cuanto a tipos de redes sociales. En primer lugar está la *red egocéntrica*, que se refiere al total de individuos con quienes ego intercambia recíprocamente bienes y servicios. Y, en segundo lugar, se encuentra la *red exocéntrica*, donde “ lo característico no es el intercambio con un individuo determinado, sino el intercambio de todos con todos” (1975: 143). En este sentido, la red egocéntrica y exocéntrica pueden presentar algunas variaciones en su composición y funcionamiento. Para la autora, las redes exocéntricas tienden a ser más intensas y duraderas que los vínculos sociales logrados en una red egocéntrica.

Desde esta perspectiva, la definición de red social propuesta por Sluzki (1996) retomaría principalmente las características de una red egocéntrica; esto tiene mucho que ver con el objeto de estudio del autor. Para Sluzki, se trata principalmente de conocer las relaciones existentes entre la salud del individuo y la composición de la red social personal; mientras que para Lomnitz el foco de interés radica en el papel que juegan las redes

sociales y de intercambio recíproco en la lucha por la supervivencia en sectores urbanos marginados.

González de la Rocha (1986) y Estrada (s.f.), al igual que Lomnitz (1975), abordan también la tipología de la red social en cuanto a las características relacionales entre los individuos en términos de jerarquía. Las *redes horizontales* están sustentadas principalmente en la base del parentesco y en condiciones sociales y económicas de vida similares entre los diferentes individuos que las componen. Para Lomnitz, el parentesco ofrece una dimensión cultural concreta donde los miembros comparten valores y normas que rigen y dan sentido a los procesos de intercambio social y de ayuda mutua. Las *redes verticales* se sustentan principalmente en las relaciones de tipo laboral y en los nexos que se construyen con diferentes sectores formales de la sociedad. En este mismo sentido se habla también de *redes informales* o de “bordes borrosos” (Dabas, 1993); es decir, redes de intercambio y ayuda mutua donde no existen contratos preestablecidos y donde un factor fundamental es “la ausencia de cálculo” (Godelier, 1998). Son redes conformadas principalmente por parientes cercanos, vecinos y amistades que, mediante el intercambio recíproco de bienes y servicios entretejen y alimentan sus vínculos. Las *redes formales* o de “bordes definidos” (Dabas, 1993) serían entonces aquéllas que el individuo, la familia o un grupo social concreto establecen con los sectores formales de la sociedad. Este tipo de relaciones tiende a ser impersonal y jerárquica; el factor reciprocidad no es el ingrediente que sustenta la existencia y permanencia de estos vínculos sociales.

Para Dabas (1993) el concepto de *red* social implica un proceso de construcción permanente tanto individual como colectivo. Es un sistema abierto basado en un *intercambio dinámico* entre sus integrantes y con integrantes de otros grupos sociales, que posibilita la potenciación de los recursos que se posee y que se enriquece con las múltiples relaciones entre los diferentes miembros que la componen. González de la Rocha (1999a) y Abello y Madariaga (1997), al igual que Dabas (1993), ponen especial énfasis en la necesidad de un entendimiento de las redes sociales como procesos dinámicos a través del tiempo y de las circunstancias sociales concretas: “ Resulta sorprendente constatar que la mayoría de las ideas sobre reciprocidad, solidaridad y ayuda mutua son de naturaleza estática y restringida. Según esta concepción el intercambio social es un fenómeno inamovible y no sujeto al cambio ” (González de la Rocha, 1999a: 15).

Bronfman (1993) estudia el papel que juegan las redes sociales en la mortalidad infantil en familias de escasos recursos. Para este autor, el concepto de red social se utiliza sobre todo para designar situaciones sociales donde se visualizan intercambios no institucionalizados. El propósito de esta herramienta conceptual y metodológica descansa en la posibilidad de detectar eventos e interacciones de individuos y grupos que facilitan a estos últimos la oportunidad de hacer frente común a las diversas demandas de la vida cotidiana, tales como el cuidado de los hijos, problemas económicos, ayuda en eventos críticos, apoyo moral y emocional, etc. Al igual que Sluzki (1996), Bronfman (1993) busca establecer relaciones importantes acerca de cómo la red social afecta positiva o negativamente la salud de los individuos y las familias y cómo los individuos y las familias afectan a la red social.

**Factores que intervienen  
en la formación y consolidación  
de redes sociales**

Con la revisión anterior, podemos tener claro que la manera en que se aborda metodológicamente la red social depende de la definición conceptual de la misma y, sobre todo, del foco de interés de la investigación. En este sentido, la categoría red social es una abstracción conceptual que busca contener diversas formas de relaciones sociales y donde las fronteras, tanto conceptuales como de medición, dependen del objetivo específico de aquello que se pretende analizar. Esta conceptualización polisémica de la red social guarda, sin embargo, ciertos comunes denominadores cuando hacemos referencia a los factores necesarios para el surgimiento y mantenimiento de una red social concreta, ya sea de individuos, de grupos domésticos o de grupos sociales más amplios.

Para Lomnitz (1975), al igual que para autores como González de la Rocha (1986), Bazán (1998), Estrada (s.f.), entre otros, en las redes sociales existen cuatro factores fundamentales que regulan la intensidad de los vínculos establecidos:

- *La distancia social.* De acuerdo con cada grupo sociocultural existen pautas preestablecidas acerca de lo que se puede esperar e intercambiar en una relación concreta; por ejemplo, el tipo de contratos implícitos entre padres e hijos, abuelos y nietos, hermanos y hermanas, compadres y comadres, amigas y amigos varía significativamente de una cultura a otra.
- *La distancia física.* La vecindad física, sobre todo en poblaciones pobres, juega un papel fundamental para que la ayuda mutua y las rela-

ciones de intercambio puedan existir. En este sentido, los lazos de parentesco por sí solos no garantizan el buen funcionamiento de la red social cuando la distancia física está presente.

- *Distancia económica.* La existencia de condiciones sociales y económicas similares es un factor relevante para que las redes de intercambio recíproco puedan operar. Cuando se presenta una movilidad económica en alguno de los miembros de la red social, este factor predispone a una relación de intercambio asimétrica y el vínculo tiende a deteriorarse o a desaparecer, pues ya no hay una igualdad de condiciones, de carencias y de necesidades.
- *Distancia psicológica.* Se trata principalmente del componente psicosocial denominado: *confianza*. Es decir, el deseo y la disposición para iniciar y mantener una relación de ayuda mutua entre dos personas. La confianza implica la familiaridad, la cercanía física y el conocimiento de las necesidades y recursos de los otros.

La *conectividad* de la red social ha sido otro elemento abordado por diferentes autores. Bott (1980) realizó un estudio sobre los papeles conyugales y las redes sociales en familias urbanas londinenses. La autora trabaja el concepto de *conectividad de la red*, y lo define como la medida en que las personas conocidas por una familia se tratan y reúnen entre sí de manera independiente de la familia. En este sentido, la red dispersa tiene que ver con la existencia de vínculos escasos entre los diferentes miembros de la red. Una red muy conectada estaría caracterizada entonces por un incremento en los vínculos que unen a las diferentes personas que forman parte de la red de un individuo o una familia. Estos mismos contenidos son

trabajados por Turner (1980), quien caracteriza las redes sociales de acuerdo con su *tejido interno*: redes de tejido abierto (baja conectividad), redes de tejido mediano (conectividad media) y redes de tejido cerrado (alta conectividad). Bott (1980) hace referencia explícita a la función emocional que desempeñan las redes sociales. Cada individuo hace una *inversión emocional* importante en sus relaciones con los miembros que componen su red. Cada miembro participa en procesos de intercambio recíproco tanto en el ámbito de lo material como de lo emocional, con los demás miembros de su red social. En este sentido, en las redes de conectividad alta, los individuos están más expuestos y sensibles a la opinión y comportamiento de los otros, debido a que la mayoría se conocen entre sí y además comparten los mismos valores. Esto da lugar a que puedan aplicarse entre los diferentes miembros de la red sanciones informales importantes.

Para Bronfman (1993) existen ciertos factores que influyen significativamente en el *grado de conectividad* de una red; es decir, en que exista un mayor o menor nivel de intercambio de bienes y servicios entre los individuos que la componen. Estos factores son:

- *Lazos económicos entre los miembros de la red.* La conectividad de la red tiende a aumentar considerablemente si los diferentes miembros que la componen pueden apoyarse en la búsqueda laboral. Si existen posibilidades de que la red misma provea de contactos para el desempeño de actividades laborales.
- *Tipo de vecindario.* El hecho de que la gente que compone la red viva en el mismo barrio es también un factor que favorece significativamente las relaciones de intercambio y de reciprocidad.

- *La oportunidad de establecer relaciones fuera de los límites de las redes existentes.* Al parecer, las redes sociales fortalecen sus vínculos hacia el interior cuando existen pocas posibilidades de entablar nuevas relaciones con individuos ajenos a la red social original.
- *Movilidad espacial y movilidad social.* Cuando existen cambios tanto en el espacio físico como en la dimensión social, el grado de conectividad de la red disminuye. Los cambios de residencia y las transformaciones en el nivel social y económico favorecen el debilitamiento de los vínculos con la red social inicial y el fortalecimiento de nuevos lazos sociales.
- *Los rasgos de la personalidad.* Las características de personalidad de cada individuo que compone la red también tienen un efecto en el grado de conectividad de la misma.

Un elemento clave en la conformación y el mantenimiento de una red social es la *reciprocidad* entre los miembros que componen este tejido social. Para Lomnitz (1994) los modos de reciprocitar entre las personas están altamente determinados por el factor “ confianza ” y ésta, a su vez, es influida por variables culturales (distancia social), variables físicas (cercanía en los lugares de residencia) y variables económicas que determinan la intensidad del intercambio. Para esta autora, el grado de confianza en una relación varía en el tiempo y depende principalmente de que existan valores y normas compartidos entre aquéllos que establecen el vínculo social. De igual manera, “ ...el factor cercanía se vuelve un componente esencial de la confianza; la cercanía estimula y el alejamiento inhibe la confianza ” (1994: 86). Sin embargo, argumenta Lomnitz, cuando los ve-

cinos de una población marginal específica son originarios de regiones diferentes o estratos socioculturales diversos, las posibilidades de establecer una relación de confianza íntima son menores.

Para González de la Rocha (1999a), el factor reciprocidad permite la continuación y la permanencia de las relaciones sociales: “ Reciprocitar un favor, una ayuda, el apoyo recibido en un momento difícil o en cualquier momento de la vida cotidiana es, de hecho, dejar la puerta abierta a la relación; no reciprocitar implica lo contrario ” (1999a: 16). Añade, además, la importancia de entender el principio de reciprocidad en contextos concretos, donde no necesariamente se intercambian los mismos bienes y servicios y donde la temporalidad para el acto recíproco permite una cierta flexibilidad en cuanto a la inmediatez o el largo plazo, como es el caso del compromiso moral de apoyo de los hijos hacia los padres una vez que estos últimos envejecen.

Estrada (s.f.) coincide ampliamente con González de la Rocha (1999a) en cuanto al papel central que juega la reciprocidad en las redes sociales. Ambas mencionan los costos reales que implica poder mantenerse en una red, sobre todo en contextos de exclusión laboral. En este sentido, las relaciones de intercambio recíproco constituyen simultáneamente una carga y una protección para los individuos y las familias. Cuando las posibilidades de reciprocitar se agotan, las relaciones se tornan frágiles y los individuos quedan más expuestos. Sobre este punto Lomnitz (1994) plantea la existencia de tres patrones de respuesta cuando el *intercambio* en una red social se torna *asimétrico*: un patrón de origen rural que resuelve la asimetría mediante la redistribución en forma de “ alcohol ” . Un patrón intermedio que implica la emergencia de la figura del “ cacique ” , el

jefe de la barriada con una función mediadora entre el campo y la ciudad. Por último, un patrón de ruptura del vínculo e incorporación a nuevas redes.

Godelier (1998) retoma también el asunto de la reciprocidad y considera que donar implica una doble relación entre el que dona y el que recibe el don. Por un lado, se trata de una relación de solidaridad donde se comparte con el otro lo que se tiene y, por el otro, es una relación de superioridad debido a que el que recibe el don contrae una deuda con el que le otorgó ese don. De esta manera, el don aproxima y simultáneamente aleja. Para el autor, la deuda (el distanciamiento) es la que parece tener mayores repercusiones en la vida social de los individuos.

Lomnitz (1994) plantea también la existencia de *mecanismos de refuerzo* que posibilitan y favorecen la consolidación de las redes sociales en poblaciones urbanas marginales. Se refiere, en primer lugar, al *compadrazgo* como un parentesco ficticio que permite reforzar la lealtad en los vínculos. Otro mecanismo es el *cuatismo*, que culturalmente busca reafirmar las relaciones de amistad masculinas y, por último, habla acerca de la *ideología de la ayuda mutua*, que implica la utilización de sanciones no formales cuando un individuo o una familia se niega a participar en los procesos de intercambio y de reciprocidad. Para la autora, el chisme y la envidia son dos de las estrategias sociales más importantes para recuperar las relaciones de equivalencia entre los individuos.

**Sobre las características  
estructurales de las redes sociales**

Con respecto a las características estructurales de las redes sociales,

Bronfman (1993) propone tres dimensiones principales:

- La *densidad de la red* que se muestra por la *extensión* de la misma; es decir, el número de miembros que la componen, y puede ser entonces amplia o restringida, y la *frecuencia de los intercambios*, que pueden ser frecuentes o esporádicos.
- La *conectividad de la red* que puede ser débil cuando ésta condiciona los intercambios por intereses de los miembros que la componen, o fuerte, cuando no se condicionan los intercambios.
- La *porosidad de la red*, que puede ser discriminante cuando condiciona la incorporación de nuevos miembros, cerrada cuando no permite nuevos vínculos, y abierta cuando permite sin condiciones la entrada de nuevos individuos.

Sluzki (1996) coincide con la clasificación propuesta por Bronfman (1993) y amplía sobre algunos elementos estructurales a tomar en cuenta cuando se estudian las redes sociales y su impacto en la salud de los individuos:

- Sobre el *tamaño o extensión* de la red, considera que existe evidencia que indica que las redes de tamaño mediano son más efectivas que las pequeñas o las muy numerosas. Las redes pequeñas son menos funcionales en situaciones de sobrecarga o de tensión de larga duración, ya que los miembros que componen la red empiezan a evitar el contacto para disminuir la sobrecarga. Las redes muy numerosas corren el riesgo de la baja o nula participación basadas en la idea “ de que otros ya se estarán haciendo cargo del problema” . Algunos de los factores más importantes que afectan el tamaño de las redes son las migra-

ciones, los procesos propios de envejecimiento y los cambios de residencia.

- Sobre la *densidad*, a diferencia de Bronfman (1993), Sluzki (1996) la visualiza como las conexiones entre los miembros independientemente de ego (el sujeto entrevistado). Argumenta que un nivel medio de densidad favorece la máxima efectividad del grupo al permitir el cotejamiento de impresiones (ej. “ la noto triste... ¿a ti qué te parece?” ). Una red con densidad alta promueve la conformidad entre los miembros ya que ejerce presión para que los individuos se adapten a las normas y pautas sociales. Además, puede promover la exclusión del individuo cuando se violan las reglas prescritas. Un nivel de densidad muy bajo reduce la efectividad por la falta del efecto potenciante del cotejamiento.
- La *composición o distribución* de la red social se refiere a la manera en que se distribuyen los miembros de la red de acuerdo con las diferentes áreas de la vida: familiar, vecinos, relación laboral, etc. Las redes muy localizadas son menos flexibles y efectivas y disminuyen las opciones que las redes de distribución más amplia tienen.
- Con respecto a la *dispersión o accesibilidad* de la red, la distancia geográfica juega un papel fundamental, ya que afecta a la sensibilidad de la red sobre las variaciones del individuo o del grupo doméstico y a la eficacia e inmediatez ante situaciones de crisis.
- Homogeneidad o heterogeneidad* con respecto a variables demográficas y socioculturales como sexo, edad, origen, cultura y nivel socioeconómico.

### Sobre las características funcionales de las redes sociales

En este apartado podemos observar claramente cómo el tipo

de funciones e intercambios sociales que se abordan en el campo de las redes sociales tienen que ver con los objetos de estudio propios de cada área del conocimiento.

Bronfman (1993) analiza el papel que juegan las redes sociales en la multimortalidad infantil en familias de escasos recursos de nuestro país. Para este autor, el funcionamiento de una red social depende del *lazo social*: por consanguinidad, por amistad o por relaciones vecinales y comunitarias; la *accesibilidad de la red*: espacial geográfica o temporal y, el *tipo de intercambio*: de información, de bienes y servicios, de tiempo y espacio, de convivencia social y apoyo moral, y de ayuda extraordinaria ante situaciones críticas.

Lomnitz (1994), quien establece las características funcionales de las redes a partir de su trabajo etnográfico en poblaciones urbanas marginales, considera los siguientes tipos de intercambios: de *información* (orientación para la vida urbana); de *entrenamiento y ayuda para el empleo*; de *préstamos de dinero y en especie*; de *bienes compartidos en común*; de *servicios* (hospedajes, cuidado de niños y ancianos, actividades para la autoconstrucción) y, por último, de *apoyo emocional y moral* tanto en los rituales como en la vida diaria (chismes entre mujeres y el compartir la bebida entre los “ cuates ” ).

Por su parte, Sluzki (1996) hace hincapié en el papel que juegan las redes sociales y de apoyo emocional en la salud física y mental de los individuos, y establece las siguientes funciones: *compañía social*, que se refiere a la realización de actividades conjuntas o al simple hecho de “ pa-

sar tiempo juntos” ; *apoyo emocional*, que tiene que ver con intercambios que connotan una actitud emocional positiva, un clima de comprensión y empatía, de estímulo y apoyo, es el poder contar con la resonancia emocional y la buena voluntad del otro; *de guía cognitiva y consejos*, es decir, de interacciones sociales que buscan compartir información personal o social, aclarar expectativas y proveer modelos de rol; *de regulación o control social*, se refiere a las interacciones que recuerdan y refuerzan responsabilidades y roles, que neutralizan desviaciones de comportamiento que se apartan de las expectativas colectivas, permiten el manejo de la frustración y la violencia y favorecen la resolución de conflictos; de *ayuda material y de servicios* y, por último, de *acceso a nuevos contactos*.

Sluzki (1996) plantea también la importancia del análisis de los *atributos del vínculo*:

- Funciones prevaletentes*: Se refiere a la función o combinación de funciones que caracterizan de manera dominante un vínculo.
- Multidimensionalidad o versatilidad*: Tiene que ver con la cantidad y diversidad de funciones que caracterizan al vínculo.
- Reciprocidad*: Se refiere a la simetría o asimetría en las funciones; es decir, si las funciones que se intercambian son equivalentes o diferentes.
- La intensidad o el compromiso de la relación*: El grado de intimidad existente en cada uno de los vínculos.
- La frecuencia de los contactos*: Mientras mayor es la distancia mayor es el requerimiento de mantener activo el vínculo para mantener la intensidad. Incluso así, los vínculos que son intensos se reactivan rápi-

damente, aun cuando los periodos de tiempo de ausencia de contacto sean prolongados.

- *La historia de la relación*: Tiempo de iniciado el vínculo e historia de la relación.

Como podemos observar, existen autores que resaltan las funciones de la red social en cuanto al intercambio recíproco de información y de bienes y servicios; otros centran su indagación en la búsqueda de vínculos que favorecen el soporte social y emocional de los individuos. Sin embargo, aun cuando en el caso de Sluzki (1996) se explicita la búsqueda de vínculos que favorecen la “ resonancia emocional” entre los miembros y, en el caso de Lomnitz (1994), se habla de la importancia de la confianza y del apoyo moral, la búsqueda intencionada, profunda y sistemática de la relevancia del apoyo emocional en situaciones críticas y en eventos cotidianos, no toma un papel central en los estudios revisados.

El apoyo emocional y moral es una categoría sumamente amplia que necesita ser definida tanto conceptual como operacionalmente con mayor precisión. No sabemos, por ejemplo, hasta qué punto y en qué circunstancias relacionales puede existir un vínculo emocional fuerte, aun cuando las posibilidades de intercambio de bienes y servicios sean escasas, sobre todo en contextos de pobreza. Más adelante buscaré respaldar la importancia que adquiere en el México empobrecido actual el análisis del *tejido emocional* que se encarna en la vida cotidiana de mujeres y hombres.

**Redes sociales en contextos de pobreza urbana: el debate vigente**

La pregunta central de Lomnitz (1975) cuando realizó su interesante investigación, en la década de los setenta, con grupos marginales urbanos fue: “ ¿Cuáles son los mecanismos que permiten a millones de latinoamericanos, básicamente huérfanos de toda protección social, subsistir en barriadas a pesar de una notoria falta de ahorros y de aptitudes para ganarse la vida en un medio urbano industrial?” (1994: 48). Su respuesta central a esta interrogante: “ ...son las redes de intercambio desarrolladas por los pobladores las que constituyen un mecanismo efectivo para suplir la falta de seguridad económica que prevalece en la barriada...” (1994: 48).

Han pasado casi 25 años en la vida de México y de muchos hombres y mujeres pobres urbanos... desde que Lomnitz se planteó esta sugerente y necesaria interrogante; sin embargo, aun cuando la pregunta sigue teniendo un valor social y académico sumamente relevante, la respuesta conclusiva a la que Lomnitz llegó en la década de los setenta ha sido rebasada ampliamente por la realidad social que hoy en día viven millones de familias pobres y en extrema pobreza en las zonas metropolitanas de nuestro país y de América Latina en general.

El trabajo de Lomnitz en Cerrada del Cóndor ha representado una plataforma de información y análisis enormemente valiosa, que planteó el problema de la pobreza urbana desde una perspectiva de los *recursos* y *potencialidades* con que cuentan los pobres urbanos para sobrevivir en condiciones de exclusión y marginación, dejando a un lado los enfoques centrados en el análisis de las *carencias*, *las lacras* y *las ausencias* con que se había tratado de comprender el fenómeno de la pobreza en ese entonces.

Muchos han sido los investigadores sociales (González de la Rocha, 1986 y 1994; García y de Oliveira, 1994; Abello, Madariaga y Hoyos, 1997; Chiarelo, en González de la Rocha, 1999a, entre otros) que, a lo largo de los años, se sumaron al esfuerzo emprendido por Lomnitz y que encontraron en las redes sociales de intercambio recíproco y de ayuda mutua una de las estrategias más exitosas para sobrevivir cuando se es pobre en la ciudad.

Sin embargo, la crisis económica de los años ochenta y la de 1995 han tenido un impacto significativo en las condiciones sociales y materiales de vida de muchos mexicanos. El proceso continuo de empobrecimiento ha mermado las posibilidades de un intercambio recíproco eficaz, cuando se vive en contextos de exclusión laboral y cuando los servicios públicos y de seguridad social no llegan a los más necesitados.

Ante este panorama, han surgido recientemente trabajos sumamente interesantes que buscan confrontar y poner en la mesa de discusión la validez actual de la tesis que plantea a los mecanismos de intercambio recíproco y de ayuda mutua, como estrategias exitosas para mitigar y amortiguar el problema de la pobreza en poblaciones urbanas.

González de la Rocha (1999 a y b) ha planteado el proceso de erosión de los sistemas de apoyo en contextos de exclusión laboral. La autora comenta que en la década de los ochenta se intensificó el papel que las redes sociales y de intercambio recíproco desempeñaron como mecanismos amortiguadores de la pobreza. Sin embargo, la crisis y reestructuración económica de los años noventa ha generado una situación tal donde “ la familia, como instancia que resuelve los problemas de escasez, ha experimentado cambios en su organización y en su posibilidad de res-

ponder con sus estrategias tradicionales de sobrevivencia” (1999a: 20). El argumento central de la autora cuestiona las posibilidades actuales de un *intercambio recíproco* que implica costos tanto en tiempo, disponibilidad y, sobre todo, una inversión material tanto en bienes como en servicios, en contextos de deterioro del empleo y de agudización de la pobreza. Los recursos escasos de los pobres urbanos obstaculizan las posibilidades de reciprocitar los favores y apoyos recibidos. No contar con un capital mínimo para asegurar y mantener la pertenencia a la red social, ha favorecido situaciones de aislamiento social que dejan en condiciones de vulnerabilidad y desamparo social a muchos hogares urbanos pobres. La autora concluye con la importancia de realizar nuevas investigaciones que nos permitan conocer con mayor profundidad cuáles son los contextos sociales y los escenarios familiares que permiten mantener vigentes los mecanismos de reciprocidad y ayuda mutua y cuáles son esos otros, que ven amenazada su posibilidad de reciprocitar los bienes y servicios recibidos.

Por su parte, Estrada (s.f.) analiza el impacto de la crisis de 1995 en grupos domésticos del sector urbano popular en el Distrito Federal, que habían sufrido ya un proceso de empobrecimiento importante años atrás. La población elegida fueron familias de origen urbano formadas por obreros de la industria manufacturera (expetroleros de la refinería 18 de Marzo) y trabajadores por cuenta propia. La autora, al igual que González de la Rocha (1999 a y b) cuestiona las posibilidades de intercambio social que se basan en el mecanismo de la “ reciprocidad” cuando los recursos se agotan: “ las redes sociales en general, pero sobre todo las familiares, enfrentaron límites muy graves en su capacidad para brindar apoyo. Al es-

casear el dinero y el trabajo se presionó de manera doble la base de esta relación. Por un lado, cada vez había menos bienes que se podían repartir entre los parientes, mientras que por otro, las necesidades crecían sin cesar” (s.f.: 90). La autora ilustra detalladamente las formas en que la ayuda entre parientes empezó a condicionarse: en varios casos se compartía la vivienda pero ya no los alimentos, la cooperación para el pago de gastos escolares y médicos dejó de practicarse, los préstamos y créditos informales disminuyeron significativamente. Para Estrada, las repercusiones de esta imposibilidad de mantener el intercambio recíproco que se había venido practicando anteriormente, no sólo afectan las condiciones materiales de vida de los pobres urbanos, sino también los patrones socioculturales que están detrás de la lógica del intercambio y la solidaridad. El límite de los recursos que viven muchos hogares pobres urbanos en la actualidad, está también generando nuevos patrones de comportamiento familiar, doméstico y social.

Bazán (1998), quien ha trabajado con el mismo grupo social que Estrada (s.f.), en su estudio titulado: “ El último recurso: las relaciones familiares como alternativas frente a la crisis” , elabora un análisis sumamente sugerente donde da cuenta primeramente de los dinamismos sociales y económicos que provocaron, a partir de la década de los ochenta, el debilitamiento de las unidades familiares extensas (ampliadas y trigeneracionales) y el aglutinamiento de la familia nuclear.

El desempleo masivo vino a incidir en un elemento que parecía intocable: la solidaridad familiar amplia y trigeneracional. Las familias nucleares se aglutinaron y la colaboración al in-

terior de cada una de ellas se hizo muy intensa a costa de la relación con la familia extensa: las mujeres salieron de sus casas a conseguir trabajo y los hijos empezaron a participar en actividades productivas. Las relaciones con la familia más amplia se debilitaron e incluso se tiñeron de enojos y resentimientos. La familia extensa cedió su lugar a la familia nuclear.

Posteriormente, la autora analiza los impactos de la crisis de 1995 en las familias que habían sufrido ya un proceso de nuclearización a raíz de las crisis económicas anteriores experimentadas en el país: la casa diversificó sus funciones para dar lugar a tareas tanto productivas como reproductivas; muchos hombres perdieron el empleo y esto implicó un reajuste en los espacios, tiempos y rutinas al interior de los hogares para dar cabida a una presencia más intensa de los hombres; las mujeres sufrieron una sobrecarga mayor y las jornadas se duplicaron y triplicaron; muchos niños y jóvenes dejaron la escuela y se incorporaron al trabajo informal. Esta situación familiar basada en “acuerdos de subsistencia” (Bazán, 1998: 11) generó relaciones de tensión al interior de las familias nucleares, los conflictos ante una participación forzada para sobrevivir provocaron abandonos y conflictos serios en las relaciones familiares de estos grupos domésticos.

Ante este contexto, la autora considera que las relaciones familiares centradas en la unidad del parentesco están transformándose en unidades orientadas a la producción, lo cual ha provocado procesos de descomposición familiar importantes.

Salazar (1996) ha estudiado los vínculos extradomésticos que establecen y mantienen a través del tiempo las mujeres que residen en asentamientos populares de la periferia urbana de la ciudad de México. La autora ha encontrado, al igual que Bazán (1998), situaciones familiares en conflicto, donde el intercambio recíproco y la ayuda mutua están lejos de ser lo que Lomnitz (1975) encontró en Cerrada del Cóndor años atrás. Además, la distancia geográfica, producto de los cambios de residencia, ha afectado profundamente las posibilidades de mantener vínculos significativos en muchas de las mujeres entrevistadas. La falta de arraigo en el territorio y la presencia de antecedentes diversos de localización urbana, imposibilitan en gran medida la generación de redes de apoyo social en la actualidad. Salazar toca un aspecto importante que tiene que ver con la confianza, elemento básico en las redes de ayuda mutua: las mujeres prefieren, al parecer debido a la desconfianza, resolver sus problemas cotidianos de manera autónoma y autosuficiente y establecer límites espaciales definidos para evitar la cercanía social. Los lazos entre vecinas son escasos y, en muchas ocasiones, de simple cortesía. La autora sugiere que el empobrecimiento de las redes de apoyo y solidaridad puede estar relacionado con los procesos de consolidación urbana de las colonias; cuando se ha logrado obtener los servicios públicos necesarios, el nivel de participación entre los colonos tiende a disminuir y el espacio urbano compartido se convierte en un escenario de encuentros, donde las demandas cotidianas se resuelven de manera independiente y hacia el interior de cada uno de los hogares. Mogrojevo (1997), quien participó en un estudio sobre “ Pobreza, condiciones de vida y salud en la ciudad de México ” , comenta acerca del papel simbólico que representa la casa en la vida

de las mujeres y de sus familias pobres urbanas. Tener una casa significa la posibilidad de romper los vínculos de dependencia con los suegros y otros parientes. En este sentido, las mujeres prefieren la autonomía aun cuando empeoren sus condiciones de vida.

Pucci (1993), al igual que Salazar (1996), retoma también el papel que juegan los procesos de consolidación urbana en el mantenimiento y fortalecimiento de las redes sociales y de solidaridad. Dabas (1993), en su obra titulada *Red de redes: Las prácticas de la intervención en redes sociales*, profundiza sobre la importancia de la construcción de “ nuevos territorios” ; para ella, los factores propios de la *migración* y el desplazamiento urbano constante han generado fracturas serias en las redes sociales de los pobres urbanos. Los vínculos sociales se van desdibujando; este fenómeno de exclusión y aislamiento social es nombrado por Castel (en Dabas, 1993) como *zona de desafiliación* que precede a la *zona de vulnerabilidad*, donde se presenta la fragilidad laboral y el soporte social debilitado. Sobre este mismo punto, Sluzki (1996) considera que el fenómeno de migración conmociona y transfigura la red. Durante un tiempo considerable, la nueva red tenderá a ser de menor tamaño, mostrará una distribución más irregular, tendrá una menor densidad y un repertorio más estrecho de funciones, será también menos recíproca e intensa. Todo ello caracteriza a una red insuficiente y, por lo tanto, que tiende a la sobrecarga y a la descompensación, a las crisis familiares e individuales y a un clima constante de estrés y agotamiento.

Ante este contexto, producto de la migración y de los cambios constantes de residencia en áreas urbanas, Dabas (1993) argumenta claramente la importancia de facilitar la construcción de nuevas redes (nuevos

territorios) que incluyan, por un lado, los remanentes de las redes anteriores y, por el otro, la creación de nuevos vínculos con aquéllos que comparten las mismas necesidades y el mismo espacio geográfico.

### **Redes sociales, bienestar y pobreza:**

#### **Algunas consideraciones**

Por último, quiero hacer énfasis en el papel determinante que juegan las redes sociales en el bienestar emocional de los individuos. Como he comentado anteriormente, aun cuando existen numerosos estudios de corte antropológico que afirman o cuestionan el papel que juegan las redes sociales en la sobrevivencia de los sectores de la población más desfavorecidos, existe poca evidencia acerca del rol que juegan las redes sociales en la salud y la vida emocional de los sujetos. Expondré algunas de las reflexiones elaboradas por Bronfman (1993) y Sluzki (1995 y 1996). El primer autor elabora sus análisis a partir del entendimiento de la red social basada principalmente en las relaciones de parentesco y la manera en que éstas influyen en la mortalidad infantil. El segundo autor elabora una serie de relaciones entre salud-enfermedad y red social individual, desde una óptica dialéctica que nos permite ver algunos de los círculos virtuosos y viciosos en que las relaciones sociales, cuando existe enfermedad, pueden encontrarse.

Para Bronfman (1993) existen ciertas características de la estructura y del funcionamiento de las unidades domésticas empobrecidas, que condicionan las posibilidades del establecimiento de redes y el impacto positivo de las mismas ante los riesgos de muerte infantil. Estos factores son los siguientes: la debilidad o ruptura de las redes de parentesco a partir de la unión de la pareja; la fractura de la red familiar de la mujer y permanen-

cia de la red familiar del varón; los comportamientos que la familia de origen juzga como inadecuados para la convivencia familiar; las familias que otorgan ayuda pero sin reciprocidad; la inestabilidad laboral en uno o varios miembros de la unidad doméstica; la falta de cohesión e identificación con el barrio o la colonia donde se vive; la discontinuidad en las relaciones familiares, extrafamiliares y con las instancias formales y las dificultades de apoyo oportuno por distancia física.

Bronfman considera la ausencia de red como la “no presencia” de la red en los momentos coyunturales en términos de problemas de salud; esto no quiere decir que no exista la red, sino que no está disponible oportunamente.

Para Sluzki (1995 y 1996) existe amplia evidencia de que una red social personal estable, sensible, activa y confiable, protege a la persona de las enfermedades, afecta positivamente la pertinencia y la rapidez de la utilización de servicios de salud, acelera los procesos de curación y aumenta la sobrevivencia; es decir, es salutogénica. Por otro lado, también existe evidencia de que la presencia de enfermedad deteriora la calidad de la interacción social y, a largo plazo, puede reducir el tamaño y la accesibilidad de la red social.

Para este autor, los mecanismos mediante los cuales la red social afecta positivamente la salud de los individuos son varios: el estrés tiende a reducirse ante la presencia de vínculos familiares positivos; en un nivel de existencia, las relaciones sociales contribuyen a proveer de sentido la vida de los individuos; en un nivel de práctica social, la red ofrece retroalimentación cotidiana acerca de las desviaciones de salud y promueve comportamientos correctivos.

En cuanto a las formas en que la enfermedad de un individuo afectan la efectividad de su red social: las enfermedades, sobre todo las crónicas, poseen un efecto interpersonal aversivo y pueden generar en los demás conductas evitativas; la enfermedad coarta la movilidad del sujeto, lo cual reduce su oportunidad de contactos sociales y provoca situaciones de aislamiento; la enfermedad reduce las posibilidades de reciprocidad y esto disminuye los vínculos gradualmente; las enfermedades crónicas tienden a desgastar y a agotar a los miembros de la red (la no evidencia de mejoría repercute en las relaciones sociales); por último, la presencia de enfermedad puede ayudar a generar nuevas redes que fortalezcan las ya existentes.

Riquelme (1993) realizó un estudio donde buscó analizar el papel que desempeña el apoyo social cuando se vive en condiciones de estrés económico. El autor concluye que la percepción de apoyo social y emocional juega un papel fundamental cuando se vive en condiciones de pobreza. Asunción Lara (1996), investigadora del Instituto Mexicano de Psiquiatría, realizó un estudio sobre la utilización de servicios para problemas de salud mental en población urbana y rural; la autora encontró comportamientos similares en hombres y mujeres con depresión severa y moderada: la gran mayoría no acuden a instancias formales de ayuda, los apoyos sociales más importantes con los que reportan contar son los familiares, los amigos y, en algunos casos, los sacerdotes. Además, las prácticas de automedicación parecen ser bastante frecuentes. La autora concluye también que las mujeres pobres urbanas con depresión moderada y poca escolaridad componen uno de los grupos de “alto riesgo” en cuanto a problemas de salud mental, debido a que estas mujeres solicitan menos ayuda de familiares y amigos, acuden a servicios no especializados, como

los dispensarios, perciben más a menudo que los servicios no están disponibles y temen esperar mucho; sienten que nadie puede ayudarles, cuentan con menos apoyo para el cuidado de sus hijos y la poca ayuda formal que reciben es casi siempre farmacológica.

Abello, Madariaga y Hoyos (1997), quienes estudian redes sociales en hogares urbanos en extrema pobreza, han profundizado en el papel que juegan las redes sociales más allá de las transferencias monetarias y de bienes y servicios; se refieren a las transferencias simbólicas y afectivas por medio del apoyo moral y emocional. Los resultados que encontraron señalan que la mayoría de estas transferencias simbólicas provienen de las madres e inciden en la vida de los hijos, de los parientes y de las amistades más cercanas. El apoyo emocional proviene también de los vecinos y amigos. La proximidad física y geográfica determina que las personas tengan acceso a este tipo de apoyos que significan alivio, descanso, desahogo, demostración de cariño y de afecto.

Cufre (1995) concluye que ante las situaciones sociales que vivimos actualmente de desempleo, pobreza, estrés y alienación, los indicadores más pertinentes para evaluar el nivel de bienestar emocional de los individuos están íntimamente relacionados con cualidades inherentes a las redes sociales, se refiere entonces al grado de participación social y a las vías de organización creadas para lograrlo; a la capacidad de asistencia solidaria entre pares y a la aceptación de las diferencias mutuas.

#### **Comentarios finales**

En primer lugar, me parece sumamente necesaria la realización de nuevas investigaciones donde se aborde de manera más explícita la función emocional de las redes sociales en la vida de hombres

y mujeres que viven en condiciones de pobreza extrema. Las transferencias simbólicas nutren los vínculos sociales y permiten la permanencia, aun a pesar de las crisis económicas.

Los cuestionamientos actuales a la efectividad de las redes de intercambio recíproco como estrategias para enfrentar la pobreza, han abierto también nuevas preguntas y líneas de investigación. Quisiera añadir algunos comentarios al respecto.

Gracias a las investigaciones recientes realizadas en asentamientos irregulares de la periferia de la zona metropolitana de Guadalajara, se descubren algunos frentes importantes que están amenazando las posibilidades de intercambio y de reciprocidad entre los colonos:

- La diversidad de orígenes de las familias es un factor fundamental; aun cuando algunas parejas son originarias de Guadalajara, no existe un patrón definido de movilización en la ciudad. En este sentido, la gran mayoría de las familias que residen en este tipo de asentamientos, vienen de diferentes municipios y colonias; pocas de ellas entretejieron sus vínculos anteriormente. Además, hay un porcentaje muy alto de mujeres-madres que son originarias de diferentes estados de la República y tampoco encontramos un patrón en cuanto a la migración interna: existe una gran diversidad de localidades rurales de origen. Este contexto afecta profundamente las posibilidades de construcción de redes sociales, las diferencias socioculturales tienen una repercusión clara en las posibilidades, sobre todo a un corto y mediano plazo, de establecimiento de redes de intercambio recíproco y de intensidad alta.

- La confianza, elemento indispensable para la producción de redes sociales, está seriamente amenazada en este tipo de poblaciones urbanas pobres. Las relaciones vecinales son pobres y los vínculos se centran en las relaciones de parentesco más cercanas. Todo esto tiene mucho que ver con el problema de inseguridad y de violencia que se respira cotidianamente en estos asentamientos. Las mujeres prefieren mantener a sus hijos dentro de las viviendas y evitan intimar con los vecinos; los problemas de alcohol y droga no les son ajenos y temen por el bienestar de sus familias.
- La sobrecarga que viven muchas mujeres que realizan dobles y triples jornadas diariamente. Las posibilidades de inversión de tiempo son escasas y esto genera comportamientos más individuales para la resolución de los conflictos y necesidades que imperan al interior de los grupos domésticos.
- Las redes sociales generadas por medio de organizaciones de colonos en búsqueda de los servicios públicos y de la consolidación urbana no son lo suficientemente fuertes. La desconfianza, la inseguridad, la falta de tiempo y de recursos afectan también la posibilidad de que se mantengan este tipo de agrupaciones sociales.
- Los casos de aislamiento social se presentan cada vez con mayor frecuencia, no se trata ya de casos desviantes y atípicos, sino de tendencias importantes que manifiestan el deterioro del tejido social y los procesos de desafiliación social que experimentan muchos individuos y familias en este tipo de asentamientos. En este sentido, existen cierto tipo de escenarios familiares que parecen estar más cercanos a esa zona fronteriza de riesgo, soledad y vacío social. Algunos ejemplos

son los hogares unipersonales, compuestos por mujeres viudas y ancianas, que han perdido las posibilidades de mantener activas sus redes y que no reciben ningún tipo de apoyo formal por parte del Estado. En ellas se conjuga el deterioro en las condiciones materiales de vida y también en las condiciones de salud. Hemos encontrado también relaciones familiares en conflicto en aquellos hogares donde la mujer, aun cuando el hombre está presente, se ha convertido en la responsable económica principal o exclusiva de la unidad doméstica. Por último, hemos podido constatar la importancia que tiene el ciclo doméstico en la conformación de la red familiar y social. En los hogares que atraviesan por la fase de consolidación pudimos observar y analizar la presencia de redes de apoyo e intercambio recíproco más nutridas y consolidadas.

- Finalmente, considero fundamental el estudio profundo y sostenido del comportamiento de las redes sociales y de intercambio recíproco en las sociedades actuales, especialmente en aquéllas que enfrentan la pobreza cotidianamente. Las redes de relaciones son procesos dinámicos y cambiantes que no están de ninguna manera ajenos a los fenómenos económicos, políticos y sociales macro que enfrenta nuestra sociedad en la actualidad.

### **Bibliografía**

- ABELLO, R., MADARIAGA, C. y HOYOS, O. “ Redes sociales como mecanismo de supervivencia: Un estudio de casos en sectores de extrema pobreza” , *Revista Latinoamericana de Psicología*, núm. 29, 1997, pp. 115-137.

- BAZÁN, L. *El último recurso: Las relaciones familiares como alternativas frente a la crisis*, ponencia preparada para LASA 98, Chicago, 1998.
- BOTT, E. " Familias urbanas: Papeles conyugales y redes sociales" , en *Sociología de la familia*, selección de Michael Anderson, FCE, México, 1980.
- BRONFMAN, Mario. *Multimortalidad y estructura familiar*, Escola de Saúde Publica, Fundación Oswaldo Cruz, Ministerio de Saúde, tesis doctoral en trámites de publicación, 1993.
- BURÍN, Mabel, Esther MONCARZ y S. VELÁZQUEZ. *El malestar de las mujeres: la tranquilidad recetada*, Buenos Aires, Paidós, 1991.
- CUFRE, L. " Crisis y salud mental" , *Psicología y Salud Mental*, número especial, 1995, pp. 53-62.
- DABAS, Elina. *Red de redes. Las prácticas de la intervención en redes sociales*, Paidós, Buenos Aires, 1993.
- ESTRADA, Margarita. *En el límite de los recursos. El impacto de la crisis de 1995 en familias de sectores populares urbanos*, manuscrito, s.f.
- GALLARDO, R. y J. OSORIO (coords.). *Los rostros de la pobreza. El debate*, tomo I y II, ITESO-Universidad Iberoamericana, México, 1998.
- GARCÍA, Brígida y Orlandina DE OLIVEIRA. *Trabajo femenino y vida familiar en México*, El Colegio de México, México, 1994.
- GODELIER, Maurice. *El enigma del Don*, Paidós, 1998.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes. *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*, El Colegio de Jalisco-CIESAS, Guadalajara, 1986.
- *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*, Basil Blackwell, Oxford, 1994.

- “ La reciprocidad amenazada: Un costo más de la pobreza urbana” , en ENRÍQUEZ, R. (coord.), *Hogar, pobreza y bienestar en México*, ITESO, Guadalajara, 1999a.
- *Las artesanas de la sobrevivencia*, trabajo presentado en el II Foro sobre política social. UdeG, Guadalajara, 1999b.
- LARA, Asunción. “ Utilización de servicios para problemas de salud mental en población femenina: tres estudios” , *Revista de Salud Mental*, vol. 19, núm. 2, junio, 1996.
- LOMNITZ, Larissa. *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI Editores, México, 1975.
- *Redes sociales, cultura y poder: Ensayos de antropología latinoamericana*, Miguel Ángel Porrúa, FLACSO, México, 1994.
- MAUSS, Marcel. *The Gift. Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies*, Routledge and Paul Kegan, 1974.
- MOGROJEVO, N. “ Relatos de vida de mujeres de las colonias populares: La otra cara de la ciudad” , en SCHTEINGART, M. (coord.), *Pobreza, condiciones de vida y salud en la ciudad de México*, El Colegio de México, México, 1997.
- PUCCI, L. “ Autogestión comunitaria asistida de asentamientos populares urbanos: un método de trabajo con la comunidad” , en DABAS, E. *Red de redes: Las prácticas de la intervención en redes sociales*, Paidós, Buenos Aires, 1993.
- RIQUELME, A., J. BUENDÍA, y M. RODRÍGUEZ. “ Estrategias de afrontamiento y apoyo social en personas con estrés económico” , *Psicothema*, vol. 5, núm.1, 1993, pp. 83-89.

- SALAZAR, Clara. “ Relaciones extradomésticas en los hogares populares de la periferia urbana de la ciudad de México, ¿estrategias de sobrevivencia?” , *Revista Sociológica*, año 11, núm. 32, UAM-Azcapotzalco, México, 1996.
- SLUZKI, Carlos. “ De cómo la red social afecta a la salud del individuo y la salud del individuo afecta a la red social” , en DABAS, E. y NAJMANOVICH D. (comps.), *Redes: El lenguaje de los vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil*, Paidós, Buenos Aires, 1995.
- *La red social: Frontera de la práctica sistémica*, Gedisa, Barcelona, 1996.
- TURNER, C. “ Los papeles conyugales y las redes sociales: Una revisión” , en *Sociología de la familia*, selección de Michael Anderson, FCE, México, 1980.